N.º 112.

Año quince. Nueva série.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

REVISTA DE TEATROS.

Principal.—Por ella, drama en tres actos y en verso, original de D. Fernando Ossorio.

La circunstancia de ser este el primer ensayo de un jóven actor aplicado, inteligente, y que ha sabido captarse las mas vivas simpatías de todos los públicos ante los cuales ha trabajado, era ya bastante para predisponer en favor de su primera obra los ánimos de cuantos se interesan por las glorias del nuevo poeta, y esos son muchos en verdad. El mas benévolo interés la ha precedido aquí, como la habrá precedido en la corte, y cuando tales prevenciones reinan en los auditorios, la produccion lleva ya una poderosísima garantía de feliz éxito.

El drama del Sr. Ossorio ha sabido justificar este interés, y nosotros, muy acostumbrados á ver en las obras de ingenios que pasan por notables harto menos de lo que hemos visto en la de este jóven y novel autor, nos complacemos en felicitarle cordialmente, sin que para ello haya tenido que intervenir en nada la buena amistad que con él ha tiempo nos une. Sin embargo, esta amistad seria estéril, sería indigna de lo que merece el Sr. Ossorio, si al propio tiempo que le animase á continuar su camino por esa senda donde tan justos aplausos ha alcanzado y donde tantos mas legítimos todavía sin duda le aguardan, no señalase á su buen juicio los escollos de donde debe huir en adelante, si ha de dar á sus obras aquella perfeccion que es permitido al hombre alcanzar. A este fin se dirigen las breves observaciones que vamos á consignar en el discurso de este artículo.

Amparo es una jóven á quien el amor y la gratitud, no menos que la voluntad de su padre, han ligado á un hombre leal, honrado, caballero. No es su esposo aun; porque este hombre, que era pobre ha querido ofrecer á su amada con su mano un porvenir de comodidad y de abundancia. Por ella ha partido á América, por ella y para ella se afana y trabaja, y ella es todo su pensamiento, su vida toda. Las promesas mas sagradas, las mas ardientes protestas de amor han sido por una y otra parte el obligado tema de una correspondencia tiernísima y cordial. D. Manuel de Herrera, que así se llamaba este hombre, ha realizado su esperanza de una fortuna, está en camino, vá á llegar por momentos, y la mano de su adorada le aguarda como premio merecidísimo de su constancia, de su ternura, del vivo interés con que le ha consagrado su existencia entera.

Pero en este crítico momento un artista, un pintor, D. Fernando Villa-Nieto, la vé casualmente, cree reconocer en ella á una Vírgen del Rosario que vió no sabemos si en un lienzo ó en su propia imaginacion, y cae á sus pies de rodillas.

Poca cosa parece que debiera ser esto para que una señorita digna de llamarse tal olvidase en un solo instante su antiguo amor, las obligaciones de su gratitud, el formal compromiso que la ligaba ya de antemano á otro hombre, del cual debia considerarse como esposa; pero es el caso que Amparo hubo de hallar muy de su gusto y muy romántico el lance, y se apasiona del pintor con

Ayuntamiento de Madrid

tanta ó mayor vehemencia que lo estuvo de D. Manuel poco tiempo antes. Llega en esto de improviso el antiguo y ya jubilado amante, el cual á poco se apercibe del inesperado cambio, y aunque averigua cumplidamente la verdad, todavía quiere poner á prueba los sentimientos de Amparo. Esta se esfuerza á manifestarse pronta á cumplir su empeño; pero á Manuel no puede quedarle duda de que no es amado, y entonces la cede á su rival favorecido.

Ahora bien, ¿cree el Sr. Ossorio que las consecuencias morales de su argumento son muy aceptables? ¿Qué castigo ha dado á la veleidad indisculpable de una mujer, que por un estravagante y no justificado devaneo falta á sus solemenes compromisos, falta al amor leal y tierno de un hombre cien veces mas digno que su nuevo amante, ó mejor, su nuevo capricho, falta en fin á todos sus deberes; porque deberes hay aun antes que los consagre el matrimonio? ¿De qué medios se vale para hacer que caiga sobre una mujer de semejante repugnantísima especie toda la execracion pública, todo el anatema de las gentes honradas? A estas preguntas nos responde el drama mismo. Amparo se casa con Fernando, que es lo que anhelaba; Amparo, en el curso de la produccion, no halla en nadie esas palabras de acritud, con que á falta de otra cosa habria debido el autor humillarla siquiera; nadie le echa en cara con la energía de la honradez y en nombre del ultrajado decoro su enorme falta, esa falta que condena á la desgracia por toda la vida á un hombre modelo de nobleza y de virtudes. Nada de eso, Amparo llora y gime durante algunas escenas, como gime y llora una víctima que se resigna á dar su mano por el qué dirán á un hombre á quien no ama, y ya con eso cree haber cumplido con Dios y con el mundo, y ya con eso hay lo bastante para que sobre ella recaiga todo el interés del público, ó al menos de esa no leve parte de él que calcula poco acerca del puro ó cenagoso orígen de los sentimientos humanos.

¿Pues qué, cuando median tan graves compromisos puede sin culpa decir una mujer: «Otro me ha parecido mejor que V., y estoy en mi derecho para faltar á la fé que le prometí, no pudiendo V. exijir de mí mas que el sacrificio de darle mi mano en cumplimiento de mi palabra, pero no mi corazon?» ¿Qué habria entonces que decir á una esposa que sin causa dejase de amar á su marido y que se lo manifestase así? Nada, puesto que segun las tendencias de ese erróneo sistema, el sacramento del matrimonio al ligar á dos personas no tendria fuerza obligatoria en cuanto á sus almas, quedando meramente reducido á un compromiso civil.

Estas consideraciones, aplicadas al drama, rebajan estraordinariamente el valor del que se supone sublime sacrificio de Manuel al renunciar á la mano de Amparo. Esta no le ama ya, prefiere á otro, y era necesario suponer en el antiguo amante una inconcebible abyeccion para que bajo la autoridad de una palabra debida á un resto de pudor de su amada tratase de hacer suya á quien no quiere serlo, arrostrando las peligrosísimas consecuencias de su imprudente empeño. Esta renuncia no deja de tener sus puntos de semejanza con la que *generosamente* hace de la mano de Leonor D. Simplicio en *La pata de cabra*.

Dirásenos que esto se vé en la sociedad todos los dias. Es cierto; pero la mision del escritor dramático no se reduce á daguerreotiparnos esa misma sociedad, sino á corregirla en cuanto puede, ridiculizando sus vicios, estigmatizando sus faltas. La religion, en su ardiente caridad, compadece la flaqueza, pero el poeta no puede hacerlo, porque la compasion inspira interés, y el interés lleva consigo cierto aliciente que arrastra á imitar aquellas propias flaquezas á que es deber suyo aplicar un correctivo.

No es culpa ciertamente del jóven Sr. Ossorio si al abrir sus ojos al mundo, y casi al mismo tiempo á la escena, ha encontrado á esta impregnada de semejantes errores, y así, considerándolos como moneda corriente, los ha seguido. Repetimos que no es culpa suya, y por tanto nuestra crítica no podria dirigirse á él como fundador ni como importador de semejante sistema; sistema que no es bueno ni bajo el punto de vista moral ni bajo el artístico, porque exajera los caractéres todos para producir determinados efectos. Así para no hacer completamente repugnante á Amparo, tienen que exajerarse los atractivos de Fernando; para atenuar la embarazosa posicion en que se vé colocado Manuel hay que

Ayuntamiento de Madrid

exajerar la generosidad de su sacrificio, y para no hacer nulo á D. Diego hay que exajerar su bondad.

Como á juzgar por esta primera muestra el Sr. Ossorio es digno de que se le guie por buen camino, hemos entrado en estas consideraciones, á las cuales en su buen juicio dará el lugar que puedan merecer; pero de cualquier modo esperamos haga justicia al buen deseo que respecto á él nos anima.

No asistimos á la representacion. Sin embargo, hemos oido decir que fué escelente la manera con que fué ejecutada, y que alcanzó un éxito lisonjero.

Concluimos felicitando por ello así al autor como á los actores.

F. F. A.

UN EPISODIO
DE
LA ULTIMA GUERRA CIVIL.

Á DON MANUEL CAÑETE.

(CONTINUACION.)

Algunos momentos despues comenzó á moverse la niebla, y varias velas triangulares se asomaron sobre su blanca superficie, semejantes á las silenciosas fantasmas que vagan por los cementerios.

El ruido de unos remos llamó de súbito nuestra atencion: mandé preparar las armas, y agazapados entre las ruinas, nos dispusimos á recibir á balazos á los que desembarcasen.

El enemigo que esperábamos ver asomar á la orilla, se convirtió en un ligero esquife dirijido por una mujer vigorosa, la cual atracando la embarcacion saltó en tierra.

—Es Mari la batelera, dije al teniente que estaba cerca de mí.

—Algo grave debe ocurrir en la bahía; me contestó.

Lancé un silbido, y la batelera que miraba á todas partes con febril impaciencia, lo oyó.

—¿Qué hace V. aquí? me preguntó en voz baja tan luego como estuve á su lado.

—¿Qué hacemos? Esperar al enemigo.

—Hable V. bajo: el enemigo está á diez ó doce brazas de distancia: pero no es este el que Vds. deben temer. Pronto, pronto, en marcha hácia Amezagaña.

—¿Pues qué sucede? Habla, Mari.

—Sucede que los cristinos están reuniendo sus fuerzas en Alzá para avanzar hasta Astigarraga y coger por la espalda la línea; contestó con voz sofocada por el cansancio. No ha sido poca fortuna encontrarlos á Vds. tan pronto: no sabia qué hacer....

—Demonio! esclamé: luego esta salida de las trincaduras es un ataque simulado.

—Ni mas ni menos: las trincaduras no conducen á bordo mas que sus tripulaciones.

—¿Y el cañonazo que acabamos de oir?

—El cañonazo me ha sido dirigido para honrar mi bandera sin duda, contestó riéndose.

—A tí?

—Pues á quién? Esa maldita niebla está tan endiabladamente densa en el centro de la bahía, que sin caer en ello me he metido en medio de los enemigos: me han dado caza terriblemente; pero por fortuna apuntan mal, y mi batel corre como el viento.

—De modo que....

—De modo que á estas horas me buscan por todas partes, y quizá sean tan estúpidos que crean de buena fe haberme echado á pique. Silencio! hélos aquí!

—Vira á estribor! gritó una voz ronca entre la niebla: ese maldito esquife es algun diablo del infierno: ya se me ha escapado tres veces.

—Y te se escapará tres mil: dijo la batelera, luego que la trincadura se hubo alejado en virtud de aquella maniobra. Oh! si tuviera yo un cañon!...

—Es decir que por este lado nada tenemos que temer, y sí por la parte de Alzá; dije interrumpiéndola.

—Eso es.

—En tal caso, voy á dar aviso de esta novedad y ponerme en marcha.

—Muy bien hecho; pero no hay que perder tiempo; y si el batallon está situado en la orilla, yo le avisaré.

—Tú? Y cómo lo vas á hacer? Puede disiparse la niebla y serás vista por el enemigo, en cuyo caso tú y tu esquife sois perdidos sin remedio.

—Hay niebla para media hora todavia.

—Mira lo que haces, Mari; la dije admirando su sangre fria: las aguas de la bahía están indudablemente cubiertas de embarcaciones enemigas, y si te cogen....

—Cogerme á mí! aunque se vuelvan brujos. En todo caso yo lanzaré un *irrinzi* (1) para que

(1) Grito que se asemeja á un relincho.

Ayuntamiento de Madrid

le sirva á V. de señal de que estoy en salvo. Adios, capitan; buen ánimo, que hoy van á pagarlas todas juntas.

Dicho esto me apretó la mano, se embarcó en el batel y desapareció entre la niebla.

No habia pasado un minuto, cuando se oyó un cañonazo al cual siguió una carcajada burlona.

A este cañonazo se siguieron otros hasta el número de quince ó diez y seis, y á cada estampido contestaba infaliblemente la carcajada burlona de Mari.

Por fin se oyó su *irrinzi* claro y penetrante, y seguros de que aquella noble hija de Guipuzcoa habia cumplido su peligrosa mision y estaba en salvo, nos dirigimos á nuestro nuevo destino.

2.

LA BATALLA.

Por un nuevo y rápido movimiento replegóse el batallon hácia el centro de la línea, y se situó á la falda del monte llamado Choritoquieta, frente por frente y á tiro de cañon de Alzá, pueblo fortificado por el enemigo.

Bien pronto conocimos que las noticias de que fué portadora la animosa y valiente batelera eran ciertas.

Desde nuestra elevada posicion, y á favor de los primeros rayos del sol, divisábamos grandes manchas de color rojo, que eran otras tantas masas formadas por los batallones ingleses.

Mas á la izquierda el color oscuro de algunos escuadrones, nos hacia adivinar la presencia de la division española.

Algunas ráfagas de luz que salian de la retaguardia, demostraban el punto que ocupaba la numerosa y bien servida artillería británica.

Los buques de vapor que se hallaban anclados en la concha de S. Sebastian, arrojaban bocanadas de humo negro, disponiéndose á levar anclas y prestar su poderoso apoyo á nuestros enemigos, situándose en la bahía de Pasages, y disparando sus enormes cañones de 80, diezmar nuestras filas con sus fuegos de flanco.

Nosotros careciamos de todos estos elementos.

Al observar los grandes medios de destruccion de que disponia el enemigo, no pude menos de estremecerme, y maquinalmente miré á los soldados de mi compañía, para ver el efecto que en ellos producia la acumulacion y abundancia de aquellos elementos de esterminio.

Erguida la altiva cabeza, sereno el semblante, mis robustos, ágiles y valientes voluntarios, fumaban tranquilamente sus pipas, y contestaban á mi escrutadora mirada con una sonrisa que espresaba el marcado desden y completa indiferencia con que veian aquellos preparativos de muerte.

Tranquilizado con este exámen, obedecí gustoso la órden que se me dió de avanzar y ocupar lo mas hondo de un barranco que se estendia por el frente de mi batallon.

Al mismo tiempo las masas enemigas se conmovieron poniéndose en marcha hácia nosotros.

Ningun ruido interrumpia el silencio profundo y solemne que precede á las batallas, y que muy pronto habia de convertirse en una bataola infernal con el estrépito de los cañones y los gritos de los combatientes.

Apenas nos hubimos situado en nuestra posicion, cuando el ejército enemigo asomando en buen órden por una pequeña altura, formó su línea de batalla, é hizo alto, colocándose de este modo sobre nuestras cabezas por decirlo así.

El momento terrible era llegado.

Una corneta esparció de súbito sus pentrantes sonidos por aquel silencioso campo, y en el mismo instante, como si la tierra que pisábamos se hubiese convertido en un volcan, se oyó el horrísono estampido del fuego de fusilería sostenido con vigor por ambas partes.

A los primeros tíros oí un gran grito á mis espaldas: el jóven teniente de los tristes augurios caia muerto atravesado el corazon de un balazo.

—Pobre madre! esclamé, y me acordé de la mia.

Como llevo dicho, hallábase mi compañía en el fondo de un barranco, rodeada la posicion de espesísimos argomales, secos á la sazon: ocupábamos el centro de la línea enemiga que formaba un vasto semicírculo.

Nuestro fuego de abajo arriba causaba un gran daño al enemigo que apenas distaba cien pasos: el suyo nos hacia esperimentar pérdidas de consideracion.

La principal atencion del enemigo estaba fija en mi batallon escalonado á retaguardia en el declive de la montaña, y en otros dos que formaban la reserva.

Los destacamentos de tres batallones mas, única fuerza de que podiamos disponer, corrian en nuestra ayuda de todos los puntos de la línea que ocupaba una estension de dos leguas.

Las balas enemigas cruzándose con las de nuestra reserva, formaban un dosel de plomo sobre mi cabeza: sus siniestros silbidos me ensordecian.

El fuego de mi compañía hubo de causar muchas bajas al enemigo, puesto que abandonando completamente nuestra reserva, dirigió simultánea y concéntricamente todos sus tiros al barranco.

Empecé á sufrir pérdidas enormes.

Una multitud de muertos cubria el campo, y muchos heridos se retiraban á sus respectivos

Ayuntamiento de Madrid

hospitales de sangre, arrastrando sus miembros mutilados y lanzando lastimeros gritos.

Pero los que pertenecian á mi compañía no podian abandonar el barranco, porque apenas caminaban veinte pasos fuera de la espesura, morian fusilados por el enemigo que dominaba completamente nuestra posicion.

En tan terrible trance, rodeado de cadáveres, perdidos todos mis oficiales subalternos, y mas de una tercera parte de mis soldados, ví que el enemigo, convencido de que por los medios usados hasta entonces no podia hacernos abandonar aquella hondonada, se disponia á echar mano de otros mas eficaces.

En efecto, aparecieron á poco sobre mi flanco izquierdo, la artillería inglesa y dos baterías de cohetes á la congrewe, comenzando á disparar metralla, granadas y cohetes que muy pronto surtieron su efecto destructor.

El desecado argomal comenzó á arder con tal violencia, que en un instante nos vimos envueltos en espesísimas nubes de humo, á cuyo través se levantaban inmensas llamaradas.

El intenso calor que despedian nos abrasaba: el humo sofocaba nuestra respiracion.

La destruccion total de la compañía era segura: ó morir quemados en la colosal hoguera, ó atravesados á balazos por los enemigos que arrojaban gritos frenéticos de triunfo.

Los batallones de nuestra reserva miraban aterrados y mudos de espanto aquel *auto de fé* de nuevo género en el cual iban á ser reducidos á cenizas un centenar de valientes.

Muchas veces intentaron ayudarnos á salir de aquella horrible situacion, pero la metralla y el fuego de fusilería del enemigo, que estaba en acecho y no queria perder su presa, lo impedian.

Mis soldados, imposibilitados de hacer fuego, tenian fija su vista en mí; pero yo me encontraba en una situacion de ánimo tal, que no me era dado concebir ninguna idea salvadora.

Para mayor desesperacion mia, diez cajas de cartuchos se hallaban destapadas á corta distancia, y esperaba por momentos que una chispa incendiase la pólvora y fuésemos víctimas de una esplosion espantosa.

El fuego empezó á quemar los cadáveres: luego se cebó en la ropa de los heridos cuyos dolorosos gritos me desgarraban el corazon: algunos pedian de beber: peticion inútil; ni una gota de agua habia que pudiera mitigar su sed.

Creí volverme loco en aquel momento.

Cuando ya nos creíamos perdidos sin remedio alguno, pues los cohetes disparados con una destreza infernal incendiaban ya los argomales de nuestra retaguardia; cuando esperábamos por instantes volar hechos pedazos al impulso de la pólvora inflamada, la serenidad imperturbable y el heróico valor de un soldado jóven nos salvó á todos.

Víspera del combate por la noche, habia ingresado en la compañía un voluntario de unos diez y siete años de edad.

Durante el combate habia observado con sorpresa la serenidad con que disparaba su arma despues de permanecer algunos segundos apuntando con mano firme y segura.

Este voluntario cubrió su canana, echóse el fusil á la espalda, asió una de las tapas de las cajas de municion, y metiéndose impávido en medio de las llamas, empezó á golpear los argomales, consiguiendo de este modo aminorar la rapidez del incendio.

Este ejemplo fué imitado por todos mis soldados, y entre un diluvio de balas, el estampido pavoroso de los cañones, los horribles estallidos de las granadas que reventaban en el aire y los prolongados silbidos de los cohetes á la congrewe, aquellos valientes apagaron de todo punto la hoguera.

Ya era tiempo.

El enemigo se retiró á su línea, y cuando pasé lista concluido el combate, el jóven y heróico voluntario, como otros muchos, no contestó al llamamiento.

2.

LA FIEBRE: LOS DOS CADÁVERES.

Cerciorado el general que nos mandaba de que el enemigo se habia retirado á sus primitivas posiciones, dispuso que acampáramos en el mismo terreno de la batalla: en su consecuencia encendiéronse fogatas para neutralizar el intenso frio que en una noche de marzo y á campo raso es tan comun en aquel pais.

El espectáculo que ofrecia el campamento era magnífico.

Todo él estaba iluminado por las hogueras que aquí y allí se encendieron. Las llamas fueron estendiéndose á derecha é izquierda, uniéronse unas á otras, y bien pronto una cinta de luz rodeó la falda de la montaña, semejante á una larguísima serpiente de fuego que envolviese con sus roscas el cuerpo oscuro de algun animal fabuloso.

El incendio se hizo general: los soldados seguian la direccion de las llamas que consumiendo los combustibles de un punto, iban en busca de otros nuevos, formando con su caprichosa marcha, ya graciosos festones, ya ángulos agudos semejantes á los de nuestros modernos bastiones.

Ayuntamiento de Madrid

Hallábame sumergido en una profunda tristeza.

Recostado en una peña procuraba acallar con el sueño el hambre y la sed que me devoraban reposando al mismo tiempo mis miembros fatigados: el sueño empero huía de mis párpados, y todo mi cuerpo temblaba de frio al paso que mi frente ardía con un calor febril.

Entonces cruzaron por mi imaginacion visiones estrañas, representando grotescamente las sangrientas escenas que aquel dia habia presenciado.

Veia á mis compañeros muertos alzar la mutilada cabeza, y fijando en mí su vidriosa mirada hacerme señas incomprensibles.

Veia mis soldados con la cara ennegrecida por la pólvora, encendidos los ojos, feroz y sangrienta la mirada, lanzar ahullidos horribles incitándose mutuamente á la matanza.

Todos estos cuerpos adquirian formas gigantescas, y armaban danzas fantásticas en derredor de las hogueras.

Algunos soltaban satánicas carcajadas; otros con el rostro impasible, giraban en rápido movimiento en torno del fuego; otros en fin hacian muecas horribles levantando en alto sus fusiles agarrados por la garganta con crispadas manos: y todo esto giraba como un torbellino en completa confusion.

No me acuerdo el tiempo que duró este delirio.

El calor de mi frente se habia mitigado; levantéme del peñasco que me habia servido de lecho, y comencé á recorrer el campo de batalla, dirigiendo maquinalmente mis pasos al sitio en donde me habia batido la víspera.

Un espectáculo que me enterneció, se ofreció de pronto á mi vista.

Comenzaba á amanecer, y un silencio de muerte reinaba en aquel terreno algo separado del bullicio del campamento.

La tierra ennegrecida por el incendio, parecia haber vestido luto por sus hijos que yacian muertos en monton.

A la débil claridad del crepúsculo, divisé dos soldados estrechamente abrazados, y tendidos en medio de un gran charco de sangre congelada.

El que estaba debajo, tenia en la frente una redonda herida: su rostro pálido, no mostraba contraccion alguna: parecia dormido.

El de encima, estaba tendido boca abajo, apoyados los labios, como si lo besara, en la megilla de su compañero: tenia atravesado el cuerpo con un grano de metralla.

Dí de pronto vuelta al cadáver que estaba encima, y ví con profundo sentimiento que era el del jóven soldado que la víspera se habia batido con tanta bizarría, salvándonos de una muerte horrorosa.

Volví á colocarlo como estaba, rogué á Dios fervorosamente por el descanso eterno de aquellos dos desgraciados, y torné al campamento, mas triste y preocupado que antes.

(Se concluirá.)

LA FLOR DE LAS RUINAS.

Relacion de un sucedido, por Fernan Caballero.

CAPITULO IV.

Por aquel tiempo habia en la parte alta de Lisboa un barrio que destruyó el terremoto de 1755 y que no habia sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrépitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte, como tienen las ruinas que hace el tiempo, pero teniendo el repulsivo sello de la destruccion, como tienen las que hace el hombre, ó produce un cataclismo.

Alzábanse aun trozos de paredes con los huecos que tuvieron, pero los unos despojados de sus vidrieras y celosías parecian ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas parecian entradas de cuevas. Los patios, y las habitaciones en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna díscola hortiga, ó algun silencioso lagarto que vestía el color de las piedras para no ser apercibido. Un débil eco respondia desde algun lóbrego pasadizo con exhausta é indistinta voz á las melancólicas reflexiones, que infundian y hacian formular al que pisaba aquella aglomeracion de cosas finadas. Nada quedaba de lo que les diera vida; con sus moradores habian desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades con que aun la modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podia verse que fuese mas antipático á la vista y al sentir que aquellas filas de aglomeradas y

Ayuntamiento de Madrid

desnudas ruinas, que parecian la residencia del misterio absoluto, la mansion del crímen impune, y el refugio de la desolacion solitaria.

Verdad es que al pié de la altura en que se hallaban, estaba el magnífico paseo en el que entre mirtos y laureles paseaba la elegante muchedumbre; verdad es que algo mas lejos, y á orillas del Tajo, corrian presurosos por las soberbias plazas el comercio y la vida, pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe por lo que desune y aparta mas que la distancia, que es el abandono, por lo que anonada y destruye mas que la muerte, que es el olvido!

No obstante ¿donde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado en las entrañas de la tierra renace?

Así era que aun entre aquellos desamparados y lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se habia instalado alguno que otro de esos párias voluntarios que viven aislados, porque ese aislamiento que se compadece, á ellos les simpatiza ó les conviene.

Una techumbre de aneas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparo hechos para hacer habitable parte de aquellas ruinas. En lo que habian sido habitaciones interiores y en los patios y corrales, se veian algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algun gallo flaco subido en lo mas elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerreador que hubiese tenido la infausta gloria de haberlas hecho.

¡Cual no seria pues el espanto de Pedro cuando precedido de su guia llegó á este lugar de desolacion, que fué al que lo condujo, y cuando empujando una de las descritas puertas lo introdujo en uno de estos antros lóbregos y miserables!

—¿Dónde me conduces? esclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

—¿No te lo decia, respondió ella con abatimiento, no te lo decia que las ruinas despojarian á la flor de su prestigio?

—Pero, esclamó Pedro; ¿por qué no me has confiado la manera miserable en que vivias? ¿Por qué con inconcebible estrañamiento y orgullo has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

—No podia admitirlos en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

—¿Por qué?

—Porque soy esclava.

—Esclava! de quién?

—De mis perversos hermanos. He intentado libertarme y huir de esa cruel tiranía, y siempre estos ensayos me han salido fallidos y me han costado caro: mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aun sin movimiento por una dislocacion que ha sufrido, y comprenderás no solo el yugo que sobre mi pesa, sino tambien el peligro en que estaria mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese sabria encontrarme su puñal.

—¿Y á qué te obligan, infeliz?

—Me obligan á cuidar de su casa y á preparar sus alimentos. Me obligan, gran Dios! á traerles aquí aquellos hombres ricos, que imprudentes se obstinan en seguir mis pasos, cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

—¿Qué dices? esclamó Pedro aterrado.

—Sí, sí, esclamó ella con vehemencia desesperada; sí, sí, para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado, y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan, y para que este delito no se sepa ni se trasluzca...

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese apercibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes oidos que la escuchasen y ojos que la espiasen.

—Acaba, dijo Pedro con ansiosa suspension; qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante y le dijo en queda y profunda voz: los... asesinan!...

—Qué espanto! esclamó Pedro desviándose de ella: ¡y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crimen, á esta sirena de cementerio!

—Por eso, prosiguió ella, nunca he querido traerte á mi casa; por eso me he resis-

Ayuntamiento de Madrid

tido á ello con tanta obstinacion; y cuando obligada por tí te he complacido aprovechando la ausencia de mis hermanos, cuando, con obedecerte he querido probarte mi cariño, infeliz de mí, solo he conseguido perder el tuyo!

El tedio, el horror y el asombro sellaban los labios de Pedro.

—Y no obstante, prosiguió ella, tú eres el solo hombre, el solo ser que he querido! Por el amor que te tenia, que me hacia imposible traerles mas víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre *flor de las ruinas*, sino lo que la mas humilde pide al sol, florecer al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco ha amabas, que de ella apartas tu vista? Oh! infelices mujeres, siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Míseras desheredadas de perdon, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desden!

Cuanto esa mujer decia era tan cierto aplicado á ella, que Pedro compadecido iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.

(*Se continuará.*)

Solucion del geroglífico anterior.

A la corta ó á la larga espira lo mismo el grande y el rico, que el pobre y el chico.

Acompaña al presente número el lindo dibujo de tapicería que anunciamos en el número anterior.

GEROGLÍFICO.

Imprenta de la Revista Medica, *á cargo de D. Juan B. de Gaona, plaza de la Constitucion, n.º 11.*

Ayuntamiento de Madrid